

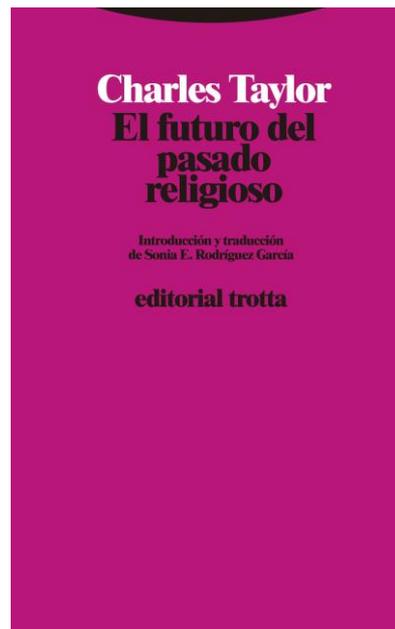
Charles Taylor, *El futuro del pasado religioso* (Sonia E. Rodríguez García, ed.)

Madrid, Trotta, 2023, 304 pp. Colección Estructuras y Procesos. Filosofía

Vicente David de la Rosa Valero

Se puede considerar por el público mayoritario que el pensamiento de Charles Taylor (Montreal, 1931) encontró su culmen en una de las obras filosóficas más importantes de nuestro siglo titulada *A Secular Age* (2007). Ahora bien, lo que no suele nombrarse tanto, es que al poco tiempo de publicarse esta obra, le continuó *Dilemmas and Connections*, cuya parte tercera, titulada *Theme from A Secular Age*, ha sido traducida por la profesora Sonia Ester Rodríguez García, que se ha encargado además de la introducción del libro que vamos a reseñar, *El futuro del pasado religioso*; cuyo título coincide con el de uno de los ocho ensayos que configuran la obra. Así pues, el objetivo principal del autor es desmentir las teorías clásicas de la secularización del mundo occidental, y para ello, realiza un análisis del recorrido histórico de algunos modos de religión del pasado, hasta llegar a las formas de espiritualidad místicas actuales, e intenta predecir cuál va a ser el futuro de la religión, la importancia que podrá tener en la sociedad y el individuo, de qué forma se va a manifestar; y no menos importante, la imposibilidad actual de debatir sobre la religión «con garantías», ya que el diálogo tiene como marco de referencia la «mera razón», y el moralismo basado en el codigocentrismo subyacente a aquella, lo cual dificulta compaginar la libertad de conciencia religiosa con el respeto igualitario de todos los ciudadanos; puesto que se parte de un prejuicio negativo hacia la religión, considerándola como irracional, e incluso causa de gran parte de los fenómenos de violencia actuales

Así pues, C. Taylor considera que, simplemente observando la sociedad actual, en la cual continúan existiendo las religiones institucionalizadas de tipo reglado, y que



están en auge determinadas prácticas religiosas espirituales y místicas, parece más que evidente que la profecía que auguraba que conforme progresase la ciencia y el utilitarismo, es decir, conforme la razón instrumental impregnara y dominara la sociedad, iba a desaparecer la religión, se ha desmentido claramente. Por tanto, cualquiera de los modelos teóricos que abogaban por la desaparición de las religiones, se han equivocado y, por tanto, Taylor refiere que un estudio serio y exhaustivo de la secularización occidental, no debería partir de esas teorías que ya han sido falsadas, empíricamente hablando. Entre ellas, podemos desechar el desencantamiento de M. Weber, que argumentaba que con la racionalización moderna y el progreso científico desaparecería lo religioso (hemos visto que no es así); y por otra parte, el prejuicio cientifista e ilustrado que considera lo religioso como algo completamente irracional y «primitivo»; ya que según él, lo racional únicamente puede ser encasillado en la razón instrumental moderna, sin haberse planteado otras formas de razón que podrían ser igualmente válidas, como la narrativa. Por lo tanto, partiendo de esas premisas, Taylor llevará a cabo los siguientes objetivos a lo largo su obra: explicar la evolución de la religión a lo largo de la historia, y los orígenes de la secularización; conceptualizar la definición de secularismo; argumentar la insuficiencia de la «mera razón» para valorar lo religioso, y establecer los códigos morales sociales; y, por último, ejemplificar y hacer ver al lector el prejuicio de irracionalidad y de violencia que lleva la palabra *religión*, y que dificulta que se llegue a un equilibrio entre el respeto igualitario, y la libertad de conciencia individual, en la sociedad compleja y diversa en la que vivimos.

272

Dentro del marco de referencia de la revolución axial, Taylor explica cómo ha evolucionado y qué cambios ha implicado el movimiento desde las religiones primitivas preaxiales hacia las axiales y posaxiales. Así pues, en las preaxiales, los individuos se consideraban «yo-porosos», justamente porque permanecían abiertos a la realidad social y formaban parte de ese cosmos mágico, es decir, el ser humano interactuaba con la naturaleza y la consideraba sagrada, por lo que su relación con lo sagrado era externa. Por lo tanto, existía un cierto animismo en la realidad exterior, y el ser humano daba significados sagrados a elementos naturales, que le permitían tener las respuestas de gran parte de sus problemas existenciales en la naturaleza, que reflejaba ese orden divino. Entonces, existía un «triple anclaje»: a la sociedad, con el desarrollo del individuo como ente social; al cosmos, el individuo era parte de ese

cosmos organizado, se sentía integrado en la naturaleza; y, por último, el «florecimiento» del ser humano, sus máximos bienes humanos, se darían en la naturaleza con la que estaba integrada, serían de alcance biológico (aún no existía la idea de Bien trascendente platónica, ni de subjetividad, para buscarla fuera de la naturaleza).

Posteriormente, en las religiones tanto axiales como posaxiales, los individuos se considerarían «yo-taponados», ya que el ser humano se encierra en sí mismo, no se integra con la naturaleza, él interiormente establece sus significados, y se da un desencantamiento del mundo, ya que este pierde su capacidad anímica y sagrada, perdiendo su capacidad significativa para el ser humano; es decir, se inicia el desanclaje del ser humano respecto a la sociedad, al cosmos y al «florecimiento» biológico. Así pues, dos razones que se pueden considerar causas del inicio del «gran desanclaje» del ser humano respecto a la naturaleza, son: el concepto de idea de Bien del platonismo (con su separación de un mundo aparente y otro verdadero trascendente), junto con el individualismo religioso aportado por la cristiandad latina basado en el cristocentrismo; es decir, al considerar que el «florecimiento» del ser humano no se desarrolla en la naturaleza sagrada, sino en la idea de Bien trascendente del mundo de las Ideas, o en la voluntad de Cristo trascendente; se pierde ese significado de cosmos organizado sagrado identificado con la sociedad, para pasar a la subjetividad y al individualismo.

Posteriormente, este desanclaje se magnificará con el desarrollo de la Modernidad, influida por varios acontecimientos de renombre: la Reforma, que aboga por una comunicación más directa y personal con Dios, sin intermediarios simbólicos como la Iglesia o imágenes, lo que nos encierra aún más respecto al exterior; el cartesianismo, con la separación radical entre *res extensa* y *res cogitans*, fomentando aún más la separación del ser humano con la naturaleza; la ciencia galileana, estableciendo la naturaleza como inerte y matematizable; y por último, un modelo de sociedad utilitarista al estilo grociano, donde nuestras relaciones son simplemente una excusa para mantener un orden de paz y nuestros intereses propios. Después de dicho proceso de la Modernidad, con las consecuencias sociales y religiosas causadas por ese «gran desanclaje», llegaríamos a la era de la autenticidad, donde se ha perdido completamente el vínculo social, el individualismo es extremo, y el desencantamiento

con este mundo es brutal. Así pues, ya no nos identificamos con él ni con su orden, ni mucho menos lo consideramos sagrado, lo maltratamos considerando que lo oportuno es obtener el máximo beneficio individual a base de explotarlo. Por todo lo comentado previamente, la sociedad actual compuesta por sujetos atómicos no relacionados ni con la naturaleza ni con otras personas, y cegados por una limitada razón ilustrada y científica, entra en crisis al no poder aportar significado a su existencia, y al no poder trascenderse a sí misma. Para Taylor, el auge de nuevas formas religiosas espirituales y místicas personales en la actualidad, responde a esta crisis de valores, motivada por el desanclaje con la naturaleza, y la consideración de la misma como algo inerte y explotable a nuestro beneficio; junto con la creencia en el mito de la «mera razón» como suficiente para valorar el mundo, cuando ni siquiera se pregunta sobre la adecuación de los fines, sino que solamente se fija en los medios.

Durante el trascurso del libro, se puede comprobar cómo el significado de *secularismo* que tiene en cuenta Taylor, no se refiere solamente al sentido institucional o la simple separación del Estado y la Iglesia, sino que tiene que ver más con respecto a la creencia o increencia de la trascendencia. Así, Taylor reconoce que en los Estados democráticos seculares contemporáneos se debe exigir unos bienes fundamentales, como son la libertad, la convivencia pacífica y la igualdad, que deben formar parte intrínsecamente del significado de *secularismo*, y deben adaptarse a la diversidad y complejidad de las sociedades multiculturales en las cuales vivimos. Por lo tanto, Taylor quiere que estos bienes fundamentales se ajusten a las circunstancias y se dialoguen, no se establezcan simplemente mediante acuerdos institucionales. Para él, debe de haber un equilibrio entre la libertad de conciencia y el respeto igualitario de todos los ciudadanos, independientemente de sus creencias.

Por ejemplo, que gran parte de los códigos morales y de los bienes de las sociedades seculares contemporáneas se legitimen únicamente por la «mera razón ilustrada», de forma institucionalizada, sin tener en cuenta un diálogo real y serio entre los componentes de las sociedades multiculturales, supone quizás un universalismo impuesto, donde gran parte de la sociedad no puede expresarse, encontrándose en situación de inferioridad.

Una crítica que hace Taylor a Habermas, es que este último piensa que la gente religiosa debe expresarse en un lenguaje laico públicamente, por lo que tienen que

traducir su pensamiento religioso a dicho lenguaje laico, lo que puede limitar su libertad de expresión. En este caso, Taylor considera que existe un prejuicio negativo sobre lo religioso, ya que una cosa es que las leyes estatales se vinculen a alguna divinidad, y otra cosa muy diferente es que la gente religiosa no se pueda expresar públicamente en términos religiosos, y deba traducir todo su pensamiento continuamente, estando en clara situación de detrimento respecto a los no creyentes.

Por otra parte, desmiente la asociación de la religión con la irracionalidad, ya que existen otros tipos de razón, que no son la instrumental, como la narrativa de Metz, que pueden dar buena cuenta de ella; es decir, no hay que simplificar la racionalidad a una sola razón instrumental; así pues, desmitifica a la «mera razón». Además, desmiente el mito de la relación intrínseca entre religión y violencia, poniendo como contraejemplos: el terror republicano francés, que ejecutaba a sus enemigos justificándolo como un acto de purificación colectiva, desde su privilegiada situación de superioridad moral; y, por otra parte, el nacionalismo étnico, que se crea la imagen de víctima respecto a un culpable, que supuestamente amenaza la identidad nacional, justificando la violencia como defensa de la Patria. Como demuestra Taylor, la violencia se desarrolla mediante mecanismos, como el sacrificio o el chivo expiatorio, que no tienen por qué relacionarse con la religión.

En conclusión, podría posicionarme de acuerdo con Taylor en el falso pronóstico de desaparición de la religión conforme el avance del cientifismo y la razón instrumental, ya que como estamos comprobando en la actualidad están surgiendo nuevas formas religiosas espirituales individuales que nos ayudan a dar significado a nuestras vidas, y permiten trascendernos a nosotros mismos; es decir, creo que la experiencia religiosa al igual que la estética, van a ser en el futuro cada vez más necesarias, ya que con el cientifismo y la razón instrumental nos hemos convertido en individuos que hacen muchas cosas, pero que no se cuestionan la finalidad de dichas cosas y, menos aún, si son adecuados o no los fines por las cuales las hacemos; por lo tanto, como el imperio del cientifismo es insuficiente para trascendernos como algo más de allá de nosotros como materiales, precisamos de la religión o la estética. Por otra parte, me parece adecuada su visión ampliada del secularismo, no simplemente como institucional o separación Iglesia y Estado, sino como creencia o increencia en la trascendencia.

Otro tema interesante, y con el que estoy de acuerdo, es que públicamente la gente religiosa no debería traducir su lenguaje a un lenguaje laico, ya que el pensamiento y el lenguaje están completamente relacionados, y con cada traducción del mismo, se perdería parte de la expresión del pensamiento de la persona religiosa, y se limitaría en cierta manera su libertad de expresión. Como bien refiere Taylor, una cosa es vincular la religión a las leyes, y otra diferente debatir públicamente exponiendo términos religiosos.

Otro punto destacable es el prejuicio negativo que tiene la religión como forma de irracionalidad; cuando realmente, quizás la irracionalidad más grande, ha sido considerar la razón instrumental como la única posible, y justificar que no lo explicable por la ciencia, no es racional, cuando la ciencia ha demostrado conductas irracionales como considerar los hechos como reales absolutos, cuando sabemos que los hechos son interpretables en función del paradigma y las teorías científicas del momento. Por lo tanto, lo racional no se limita a una única razón, sino que sabemos que hay varias que pueden explicar otros temas (histórica, narrativa, etc).

Respecto al tema de la relación entre religión y violencia, como bien ha comentado Taylor, la violencia categórica depende de mecanismos justificantes como el chivo expiatorio o el sacrificio, que buscan un bando enemigo causante de una amenaza hacia la identidad, que esta puede ser religiosa, nacional, política, etc. Aunque es cierto que la violencia categórica no está relacionada únicamente con la religión, sí es cierto que el sentimiento de identidad y vínculo que aporta la religión es mucho más fuerte que otros ideales; y, por lo tanto, supone más riesgo de violencia por la supuesta amenaza de otras religiones. En definitiva, la religión no es sinónimo de violencia *per se*, sino que la religión es un elemento de identidad cultural que cuando se utiliza de manera maliciosa con mecanismos justificantes de violencia, favorece el desarrollo de violencia.